

Una tarde pusimos por cebo á un anzuelo un perro, predilecto manjar del cocodrilo; pero los doctores de que se trata vinieron á quitar el cebo, pues protegen al monstruo en virtud del principio de que cuantos mas cocodrilos hay, en mayor cantidad se espande la droga que libra de sus acometidas.

No menos estimado de los portugueses que de los naturales, el doctor ex-dados es uno de los magnates del gremio médico. La policía entra en su especialidad, y á él está confiada la persecucion de los ladrones. Cuando ha desaparecido un objeto cualquiera, se traslada al lugar en que se ha cometido el hurto, lo examina todo, echa sus dados, espera algunos días, y mediante un estipendio, denuncia al ladrón. A decir verdad, se engaña muy pocas veces, porque no fiándose completamente de sus dados, tiene por todas partes agentes secretos, cuyas diligencias, investigaciones y datos personales le ponen en el caso de descubrir al culpable.

Desde la introduccion de las armas de fuego han surgido los doctores ex-fusiles, y venden el medicamento que forma los diestros tiradores. Hay tambien los doctores ex-lluvia, etc., etc.

Todos los especificos de estas diferentes escuelas son otros tantos pequeños talismanes, cuya venta pertenece á los respectivos doctores; llévanse pendientes del cuello, y preservan del mal al que de ellos va provisto. Algunos de estos amuletos encierran la droga eficaz, al paso que otros solo contribuyen á aumentar su virtud; pero cuantos mas se poseen, mayor es la proteccion de que se disfruta.

El indigo, como dicho queda, crece exuberantemente en las calles de Teté, donde adquiere tres ó cuatro pies de elevacion; y esto mismo sucede respecto de la casia de Sena (1). Ningun partido sacan los habitantes de tan útiles vegetales; y no obstante, llevaron á mal que hubiésemos hecho coger algunas muestras de ellos por los makololos.

Los indígenas cultivan un algodón de primera calidad, si bien en muy reducida escala, y que solo se emplea en la fabricacion de una tela grosera. En otro tiempo los portugueses lo hacian recoger á infimo precio, y lo cambiaban en el Manica por polvos de oro; actualmente, se usa como artículo de cambio el percal de países estraños.

Una tribu inmediata cultiva la caña y fabrica un poco de azúcar; pero los rodillos de madera de que se sirve para la extraccion del jugo, son de tan añeja invencion, y por otra parte se da tan malas trazas para depurar el jarabe, que solo obtiene un producto muy inferior.

El hierro magnético y el carbon de piedra abundan en las inmediaciones de Teté. Una sola capa de

(1) Segun el doctor Hooker, el *Cassia acutifolia* es el que suministra el sen del comercio.

hulla que hemos podido medir en un derrumbadero, presentaba 25 pies de espesor, y el carbon estraido, ensayado en el hornillo de nuestro vapor, ardió bien desde la primera prueba. Las cenizas, sin embargo, contenian gran cantidad de residuos esquistosos; pero suponiendo que esto pudiese consistir en la accion de los agentes atmosféricos, cuya influencia se ejercia desde muchos siglos en las paredes de este banco de hulla, abrimos un pozo á unos 10 metros de distancia y observamos que el carbon mejoraba de calidad á medida que la escavacion era mas profunda.

A dos jornadas de Teté se encuentra oro en el lecho de los rios. Los indígenas conocen perfectamente su valor, pero no acostumbran recogerlo, y cuando á esto se dedican nunca socavan el suelo mas de 4 ó 5 pies, pues temen un desplome de tierra y ser enterrados vivos. En la época en que, en otro tiempo, los traficantes acudian á los lavaderos, seguidos de centenares de esclavos, el producto era cuantioso, pero hoy está reducido á muy poca cosa. Los terrenos auríferos han sido siempre poseidos por unas tribus independientes, y nunca se han hecho cortaduras profundas, como se practica en la California y la Australia; unos grandes depósitos de madera para lavar el metal son las únicas máquinas que los mineros de este pais han empleado constantemente.

Las descripciones que habíamos oido hacer de las rápidas de Kebrabasa habian despertado de tal manera nuestra curiosidad, que estábamos resueltos á visitarlas. Así, pues, aprovechamos la circunstancia de que las aguas del Zambese estaban mas bajas que de costumbre, para ir á ver aquellos peñascos mientras estaban descubiertos, llegando allí el 9 de noviembre. Desde Teté á Panda-Mokua, en que se detiene la navegacion, el pais es montuoso y está poblado de árboles en ambas orillas. Panda-Mokua, situada á 2 millas mas abajo de las rápidas, es una montaña cubierta de dolomita, que encierra minas de cobre.

Entre los árboles de los bosques el macizo baobab, notable entre todos, se distinguia, no solo por su enorme volumen, pues á su lado los árboles vecinos parecian simples arbustos, sino tambien por su corteza, cuyo color es enteramente igual al de la sienita egipcia. El baobab perforado de que mas arriba hemos hecho mencion, tenia 74 pies de circunferencia; uno de los que vimos al encaminarnos á las rápidas, tenia 84, y los hay que tienen 100 en la costa occidental.

La alta cadena de Kebrabasa, formada en gran parte de montañas cónicas, cubiertas de árboles desiguales, atraviesa el Zambese y lo encierra en una garganta estrecha y rocallosa de unos 400 metros

de anchura. En el fondo de esta garganta, que se inunda en la época del desbordamiento de las aguas, hay moles pedregosas confusamente aglomeradas en un desórden indescriptible. En ellas predomina la sienita, y algunas partes de esta roca, diseminadas en la masa, tienen un hermoso color de lápiz-lázuli, pero las demás son pardas.

Las moles de granito de color de rosa abundan igualmente; y aquellos enormes restos, unidos á unas rocas metamórficas sinuosas y entremezcladas, precipitadas aquí y allá en todas las posiciones imaginables, presentan un ejemplo de dislocacion y desórden que haria las delicias de un geólogo. En la época en que el Zambese se desborda, todo este caos desaparece, y la superficie del rio es allí tan igual como abajo de las rápidas, donde su anchura es de media milla, es decir, de 800 metros.

En la estacion de la sequia, la corriente ocupa el fondo de un canal estrecho, cuyos bordes durante la estacion de las crecidas han sido desgastados y acanalados por las impetuosas aguas, como los brocales de los antiguos pozos de Oriente por el frotamiento de la cuerda. En muchos parajes, este surco de desagüe no tiene mas de 40 á 60 yardas, forma bruscos rodeos, se ensancha á veces y ocasiona pequeñas cataratas.

Los mástiles de nuestro buque, aunque de 30 pies de altura, no llegan al nivel del rio en la época de las crecidas, y la sonda bajaba 10 brazas sin hallar el fondo.

Todos los datos que habíamos podido adquirir de los portugueses se reducian á que tres ó cuatro rocas separadas surgian del rio en la garganta de Kebrabasa, y que un vapor podria fácilmente salvar el paso, aunque era peligroso para las mal regidas canoas de los indígenas; y añadian que si por medio de una mina se hiciese saltar una ó dos de aquellas rocas, el paso se verificaria sin la menor dificultad.

Despues de haber explorado con gran fatiga 8 ó 10 millas de estas rápidas, volvimos á bordo persuadidos de que el mero exámen de las cataratas exigiria por sí solo mucho mas trabajo que el que nuestros amigos creian necesario para hacerlas desaparecer. Por esta razon volvimos á bajar por el Zambese, á fin de procurarnos víveres y prepararnos á un estudio mas detenido de aquella region.

Habiendo vuelto á partir el 22 de noviembre para Kebrabasa (1), llegamos el 24 al pie de las montañas.

(1) Los indígenas llaman á este sitio *Kebrabasa* (fin ó interrupcion); y el nombre de *Kebrá*, que tambien le dan los portugueses, significa lo mismo. Aquí, en efecto, se interrumpe la navegacion, y las grandes canoas descargan sus mercancías, cuyo transporte se verifica por tierra hasta Chicova.

Conversando estábamos alrededor del fuego, cuando uno de los esclavos de Teté, que blasonaba de gran viajero, nos contó que habia visto en los países del centro unos hombres de raza por demás estraña, pues solo tenían 3 pies de estatura, habitaban grandes ciudades, eran muy ricos en mercancías de todo género, y tenían cuernos en la cabeza. Pero los makololos no acogieron semejante historia, y dijeron lisa y llanamente al narrador que habia mentido. «Procedemos del centro, replicó un ganapan, de 6 pies y 4 pulgadas de talla; ¿y somos enanos?» A pesar de estas burlas, el narrador no quiso desdecirse, é insistió en que habia visto aquel pueblo y estado en la ciudad.

Pasamos á nado el Luia, cuya corriente es impetuosa, y su anchura de unas 50 yardas.

Al llegar al pie de una montaña, llamada Chipe-rezihua, y cuyas perpendiculares laderas están cubiertas de líquenes de todos colores, dijéronnos que mas arriba de este sitio el rio estaba libre y ningun obstáculo presentaba á la navegacion; pero dos indígenas que vinieron aquella noche á nuestro campo nos aseguraron que mas arriba habia una catarata conocida con el nombre de Morombua: fue, pues, preciso aclarar esta cuestion.

A uno y otro lado del rio, que en este lugar no tiene una anchura de 300 yardas, y ocupa toda la garganta, elévanse unas montañas de altura perpendicular de mas de 1,000 yardas, ó sea poco mas de 900 metros, y cuyos costados están cubiertos de una vegetacion espinosa, ó de enormes peñascos negros.

Súbitamente, despues de una marcha penosa, un espolon ó punta saliente de la montaña nos obstruyó el paso, siéndonos forzoso dar un rodeo peligroso para salvarlo. La roca estaba tan caliente, que apenas se podia aplicarle la mano.

En tan ágrete lugar encontramos un pescador que tendia pacíficamente su caña sobre las ollas y los remolinos del abismo; nos indicó el objeto de nuestras indagaciones, y una hora despues, instalados en la meseta de una roca, situada como á unos 100 pies sobre el rio, descubrimos la catarata que hace imposible toda navegacion, escepto en la época de las mas fuertes crecidas, en que el agua se eleva á una altura perpendicular de mas de 80 pies, como está marcado en la roca.

A nuestra derecha elevábase el Morombua, montaña de 2 á 3,000 pies de altura, y que da su nombre, así al sitio en que se encuentra, como á la catarata. A la izquierda de ésta hay una montaña que tiene en cierto modo la forma de una cebolla: es un cono, cuya parte superior, al esterilizarse como suele acontecer al granito, ha concluido por presentar una superficie lisa y convexa.



La base de ambas montañas se extiende hacia el Norte; el río, siempre estrecho, corre tranquilamente á su pie, dejando al descubierto algunas rocas diseminadas que surgen de su lecho.

Los contrastes.—Los músicos.—Las estaciones.—La religión.—La expedición sube el Chiré.—Primeras relaciones con unas tribus desconocidas.—Cataratas del Murchison.

En Africa son muy numerosos los contrastes con Europa.



Trampa para cazar hipopótamos.

Los hombres, al casarse, nada reciben de su suegro, y por el contrario, le pagan un dote.

Los montañeses europeos son hospitalarios, generosos y valientes; los de Africa son débiles y cobardes, aun comparativamente con los africanos de las llanuras.

En ciertas escuelas de Europa se sostiene que el hombre descende del mono; en ciertas partes de Africa se cree que las almas de los muertos van á encarnarse en los monos.

La mayor parte de los blancos abrigan la creencia de que los negros son salvajes; casi todos los negros están persuadidos de que los blancos son caníbales.

El *bú* de nuestros niños es negro; el de los niños africanos es blanco.

Después de tantos años pasados en Africa, nos es

de todo punto imposible no reirnos de los absurdos que se han escrito contra la inteligencia de los negros.

Los carneros están cubiertos de pelo, y en la cabeza de los hombres crece la lana.

Los hombres acostumbran llevar su cabellera en toda su longitud, al paso que las mujeres van más ó menos esquiladas.

El sexo débil cultiva la tierra, hace las sementeras y construye las chozas, en tanto que los hombres permanecen en las poblaciones, hilan el algodón, tejen las telas, cosen los vestidos, ordeñan las vacas y charlan.

El sexo débil cultiva la tierra, hace las sementeras y construye las chozas, en tanto que los hombres permanecen en las poblaciones, hilan el algodón, tejen las telas, cosen los vestidos, ordeñan las vacas y charlan.

Los carneros están cubiertos de pelo, y en la cabeza de los hombres crece la lana.

Los hombres acostumbran llevar su cabellera en toda su longitud, al paso que las mujeres van más ó menos esquiladas.

El sexo débil cultiva la tierra, hace las sementeras y construye las chozas, en tanto que los hombres permanecen en las poblaciones, hilan el algodón, tejen las telas, cosen los vestidos, ordeñan las vacas y charlan.

Para darse á imaginar que nuestra inteligencia es de naturaleza diferente de la de los negros, sería preciso olvidar que hubo en Europa un tiempo en que nuestros antepasados no eran más ilustrados de lo que son hoy los africanos.

Los móviles que hacen obrar á los negros son, es verdad, poco elevados; pero se advierten también en los criados, y aun en las clases superiores de la raza blanca. Esperamos verlos desaparecer merced al pro-

greso general que traerá consigo la propagación de los verdaderos principios religiosos.

Al regresar de Kebrabasa á Teté, unos músicos indígenas vinieron á buscarnos á nuestro campo, y nos hicieron oír sus silvestres sonatas, que sin embargo, no carecían de encanto, ejecutadas en el marimba, instrumento formado de varillas de una madera muy dura, que variando de grueso y longitud, producen diversas notas, y están sujetas á unas



Un tejedor de las orillas del Zambese.

calabazas de diferentes dimensiones. Dímosles algunas piezas de tela, y se marcharon muy satisfechos.

El doctor Kirk divide el año de las orillas del Zambese en tres partes: la estación fría, la estación cálida y la estación lluviosa; tres meses de invierno, que son mayo, junio y julio; tres de verano, que son agosto, setiembre y octubre; y el resto del año lo absorbe la estación de las lluvias.

El Zambese tiene dos inundaciones anuales: la primera, que solo es parcial, llega á su máximo á fines de noviembre ó principios de enero; la segunda, que es más considerable, viene después del desbordamiento de los ríos del interior, como sucede respecto del Nilo, y no se presenta en Teté antes del mes de marzo.

En tiempos ordinarios, las aguas del Zambese son

de tal modo puras que el fotógrafo las considera tan buenas como el agua destilada para el baño de nitrato de plata.

La vez primera que visitamos el Chiré, fue en enero de 1859. Una enorme cantidad de lentejas de agua bajaba por el río, procedentes de una laguna situada al Oeste. Mas arriba de este sitio casi no se ve ninguna.

Al acercarnos, los indígenas, armados de arcos y flechas, se reunieron en gran número, y algunos, ocultos detrás de los árboles, parecían esperar el momento oportuno de lanzarnos sus flechas envenenadas. Las mujeres se mantenían á cierta distancia, y los hombres, que positivamente nos creían hostiles, se disponían á rechazar nuestro ataque.

En Tingané se reunieron por lo menos quinientos guerreros, y se nos dió la órden de hacer alto.



El doctor Livingstone saltó á tierra y les hizo saber que éramos ingleses, y que ni para llevarnos los hombres ni para batirnos habíamos ido á su país, sino únicamente para abrir un camino á nuestros compatriotas, con el objeto de que pudiesen ir á comprarles algodón, marfil y todo lo que ellos quisiesen venderles, menos esclavos: esplicaciones que bastaron para cambiar las disposiciones del jefe, que desde entonces se mostró muy tratable.

Todos estos indígenas reconocen la existencia de un Ser Supremo, creador y director del mundo; también creen en la perpetuidad de una vida mas allá del sepulcro. La gran dificultad consiste en hacerles creer que tienen vínculos que estrechamente los unen al Criador, y que éste se interesa por ellos. No obstante, cuando se les anuncia que el padre está irritado contra sus hijos, cuando se venden ó se matan unos á otros, comprenden perfectamente lo que se les dice y lo aprueban con calor, porque esta idea se adapta muy bien á su comprensión. Pero entre ellos, así como entre los europeos de las clases inferiores, solo la instruccion y los buenos ejemplos consiguen elevar su condicion moral.

El dialecto de los ribereños del Chiré se asemeja mucho al de los habitantes de Teté y Sena.

El Chiré, en toda la parte inferior de su curso, tiene por lo menos dos brazas de profundidad. Mas arriba salen de él muchos ramales que disminuyen su volúmen; pero la falta de bancos de arena facilita la navegacion.

A la altura de 100 millas, á vista de pájaro, distancia que los rodeos que nos fue forzoso dar habian por lo menos duplicado, encontramos á los 15° 55' de latitud meridional soberbias cataratas á las que pusimos el nombre de Murchison, en honor del ilustre sabio á cuya generosa bondad nunca nos mostraremos bastante reconocidos.

Estas cataratas, llamadas por los indígenas Mamvira, eran el primer obstáculo que nos salia al paso.

La prudencia no permitia aventurar un viaje por tierra en medio de unas tribus tan desconfiadas y suspicaces, que habian apostado en la orilla fuertes destacamentos que nos vigilaban dia y noche, y por otra parte la estacion era poco favorable; así, pues, luego que hubimos enviado nuestros presentes á los dos jefes principales, regresamos á Teté.

Secundada por la corriente, nuestra bajada fue rápida. Los hipopótamos no se equivocaban y huian al verno; pero los cocodrilos, menos previsores, tomando quizá nuestro vapor por un animal desconocido, se dirigian algunas veces á toda prisa hácia nosotros, y pasando á un pie de la superficie del agua, formaban con sus patas y su cuerpo tres surcos bien marcados que daban muestras de la velocidad con que avanzaban. Al llegar á algunas yardas

de la presa que se proponian devorar, levantaban la cabeza y se dejaban caer al fondo del agua como una piedra. Volvimos á partir con direccion al Chiré en el mes de marzo siguiente. Esta vez los indígenas nos dispensaron una acogida favorable, y se apresuraron á vendernos arroz, sorgho y volateria. Entonces entramos en relaciones con el jefe Chibisa, cuyo pueblo distaba 10 millas mas abajo de las cataratas.

Chibisa era un hombre en extremo sagaz, y á todas luces el jefe mas inteligente de toda aquella region. Segun nos dijo, la guerra habia sido muchas veces para él una necesidad, pero nunca la habia provocado.

Habiendo dejado el *Ma-Robert* á la vista del pueblo de Chibisa, los doctores Livingstone y Kirk, acompañados de algunos makololos, marcharon á pié á visitar el lago Chirwa; y dirigiéndose hácia el Norte, atravesaron un país montuoso cuyos habitantes les manifestaron las mas amistosas disposiciones.

El lago Chirwa.—Regreso á Teté.—Mala construccion de vapor.

El 18 de abril descubrimos el lago Chirwa, considerable masa de agua abundante en peces, sanguijuelas, cocodrilos é hipopótamos.

Este lago es por lo regular salobre, lo que al parecer anuncia que no tiene desagüe; todo indica que es profundo, y contiene además varios islotes que se asemejan á montañas. El Chirwa se ofreció á nuestra vista desde la falda del monte Pirimiti ó Mopeu-peu, situado al Sud-sudoeste. Si desde allí se mira al Norte se descubre un horizonte marítimo en que se destacan en lontananza dos islotes, el mayor y el mas próximo de los cuales está cubierto de árboles, y tiene toda la apariencia de la cima de un monte. Al Oriente se divisa una cordillera, y al Oeste descuellan el monte Chikala, que parece unirse á la gran masa del Zomba.

La orilla, en el lugar en cuyas inmediaciones habíamos acampado, estaba poblado de cañas y papiros. Deseando averiguar la latitud por el horizonte natural, entramos en el agua y nos encaminamos hácia lo que se nos decia que era un barco de arena; pero las sanguijuelas nos atacaron en número tan considerable, que nos fue preciso retirarnos.

El Chirwa tiene aproximadamente de 60 á 80 millas de longitud, y unas 20 de latitud. Su altura sobre el nivel del mar es de 1,800 pies, y el agua tiene el sabor de una disolucion ligera de sal de Epsom. No hemos visto la estremidad septentrional del lago, aunque la dejamos á nuestra espalda.

Las márgenes del río de que hablamos son muy hermosas; la vegetacion es exuberante, y durante nuestra estancia, las olas que se estrellaban contra una roca situada al Sudeste, contribuía á embellecer

el paisaje. Unas montañas altísimas, cuyas cimas llegan tal vez á 8,000 pies sobre el Océano (2,440 metros) se elevan á poca distancia de la orilla occidental, y forman una cadena llamada Milange. Sus ásperas cumbres que dominan las nubes ó se ven coronadas de ellas, imprimen á la escena un carácter magestuoso. Al poniente se alza el monte Zomba, de cerca 7,000 pies de altura y de una estension como de 20 millas.

Abriéndose mas bien el deseo de captarnos la confianza de los indígenas, que el de explotar el país, creímos que nos seria mas fácil lograr nuestro objeto por medio de visitas reiteradas; y viendo que esta vez nos habíamos alejado bastante, resolvimos volver al *Ma-Robert*, que nos esperaba en la isla de Dakanomoio: volvimos pues, al Chiré, atravesando el desfiladero de Zedi.

El vapor llegó á Teté el 23 de junio, y despues de reparadas algunas averías, fué al Kongoné para recibir provisiones de un crucero de la reina Victoria.

Formamos una tripulacion escogida entre los makololos, pues no solo eran buenos marineros, sino que tambien cortaban leña, hacian el servicio á bordo y se contentaban con el alimento de los indígenas.

Durante nuestra estancia en el Kongoné nos fue preciso detenernos para reparar el *Ma-Robert*, que habia sido construido con planchas de metal que no tenian 16 pulgadas de grueso, especie de acero de nueva invencion. Una accion química de naturaleza desconocida perforó el metal, y unas pequeñas arborizaciones y unas estrellas rotas como las que se advierten en el hielo cuando se derrite, partiendo de ese punto, se irradiaron en todos sentidos, resultando unos pequeños agujeros en los sitios en que dichas líneas formaban un ángulo, por lo que el fondo del buque no tardó en parecer una espumadera. Tapábamos las aberturas mayores, pero no bien estábamos á flote, se formaban otras.

Nueva escursion por el Chiré (agosto, 1859).—El monte Morambala.—Manantial caliente.—Hombre perseguido por un búfalo.—El Nyanja.—Pangono, ó Pequeño-Lago.—El Nyanja Mukulú, ó Gran-Lago.—Accidente desgraciado.—Caza de hipopótamos.—Elefantes.—Sura ó vino de Palma.—Isla de Dakanomoio.—Venta de un elefante.

De nuevo subimos el Chiré hácia mediados de agosto, despues de habernos provisto de leña en Chamoara. Nuestro propósito era entablar relaciones mas estrechas con las tribus ribereñas, proseguir á pie nuestras exploraciones al norte del lago Chirwa, y proceder al descubrimiento del de Nyassa, del que se nos habia hablado, designándolo con el nombre de Nyinyési, palabra que significa *los astros*.

El Chiré es mucho menos ancho que el Zambese, pero mas profundo y presenta menos dificultades á la navegacion. El valle que riega es bajo, en gran

manera fértil, y se estiende entre las dos cadenas de montañas cubiertas de bosques, que le dejan una anchura de 15 á 20 millas.

Al salir de la embocadura, las montañas del lado izquierdo están muy cercanas al río, y lo bordean por espacio de 20 millas; déjase luego ver á 500 yardas de la márgen un monte aislado de muy fragosas laderas, que tiene 4,000 pies de elevacion y 7 millas de longitud. Esta montaña llamada Morambala, está cubierta de vegetacion hasta su cima, y ofrece un aspecto magnífico.

Algunos bosquecillos de palmeras y acacias descuellan al Oeste de Morambala, en la lengua de tierra que separa el Chiré del Zambese: sitio fértil en que abunda toda clase de caza.

Mas arriba de Morambala entramos en una laguna de gran estension, por la que serpentea el Chiré. Hácia el Norte, y por espacio de muchas millas se despliega un verdadero Océano de frondosidad, cuya superficie es de tal manera plana que puede servir para determinar la altura del sol. A 10 ó 15 millas al Norte de Morambala se eleva á manera de cúpula el Maganja ó Chi-Kanda. Otras muchas montañas cuyos picos parecen de formacion granítica, se dirigen hácia el Norte y forman el lado oriental del valle. Otra cadena compuesta de rocas metamórficas, que tiene su punto de partida en frente de Sena, cierra el valle por el lado de Occidente.

Despues de atravesar una parte de esta laguna, llegamos á un vasta zona poblada de palmeras y otros árboles, que se despliega sobre la orilla derecha, donde corta la llanura.

Habiendo incendiado los makololos las yerbas de grandes proporciones, un búfalo solitario se precipitó fuera de las llamas y acometió furioso á un joven muy ágil, llamado Mantlanyane. Nunca la ligereza de éste le fue de mas provecho que en aquella desenfadada carrera, pues en el momento de saltar al río, las astas de la fiera no estaban á 6 pies de su persona.

Numerosos jardines en que crecen el maiz, el tabaco y la calabaza, bordean los rios pantanosos; pertenecen á los montañeses que los plantan durante la estacion seca, pues en la época de las lluvias todos estos terrenos quedan inundados. Gran cantidad de peces, y sobre todo el mulo, se cogen en estos jardines durante el crecimiento de las plantas, que se desecan, ya para venderlas, ya para servirse de ellas en lo sucesivo.

Pasamos dando vista á la embocadura de un pequeño río que sale de una laguna de muchas millas de estension: es una corriente profunda, de cerca 30 yardas de ancho. Muchos hombres se ocupan allí en diferentes puntos en recoger la raiz del loto, que ellos llaman nyika, y llenan con ella sus canoas.